

**PEDRO BRAVO ELIZONDO**, *El Iquique salitrero (1830-1930). Salitre y sociabilidad*, Editorial Pino Oregón, Iquique, 2005, 159 páginas.

Pedro Bravo Elizondo es, de acuerdo a la información aportada en el libro, Magíster, Doctor, y catedrático en la Universidad de Yale, Carolina del Norte en Chapell y la Universidad de Ohio, Columbus, orientando buena parte de sus investigaciones hacia la historia cultural y social de la pampa salitrera. Sus obras han visto la luz en revistas académicas en América Latina, Estados Unidos y Europa.

La obra que reseño es, sin duda, una grata sorpresa en nuestro medio intelectual. Reconocemos que la historia regional ha ido abriéndose espacios nuevos en medio de una tradición centralista. Surgen, entonces, entornos y sociedades como la pampa y el nortino, que se encuentran en la frontera de la historia nacional, cuya visibilidad se aprecia en cuanto toman contacto con la realidad histórica.

El autor, en su Introducción, nos presenta una visión retrospectiva de Iquique, insistiendo en el avance lento pero continuo de su desarrollo, no sólo a nivel de puerto principal, en el embarque de salitre en el período comprendido como ciclo salitrero 1830–1930, sino también, (y lo que parece más importante) en la creación de instituciones societarias, culturales, de beneficencia, que se expresan en todo nivel dentro de la comunidad iquiqueña, en sus primeros cien años de existencia, pues Iquique fue, en esos cien años, pionero, portuario, salitrero, societario, solidario y familiar. El salitre trajo lo que dignifica al hombre: trabajo y razón de ser, pero a la vez no estuvo exento de su contrapartida: huelgas, persecuciones, encarcelamientos, masacres.

Destaca también el hecho de que, alejados del centro, el norte salitrero fue el “otro”, el ignorado, excepto cuando servía un propósito político o financiero de intereses gubernamentales. Importante es recordar que Tarapacá pasó desde sus inicios por diversos ciclos de menor duración que el salitre, como el ciclo del guano, con las principales covaderas de la costa y el ciclo de la plata en Huantajaya.

Este libro comienza relatando los orígenes de Iquique, con el primer conquistador que hace su aparición en el lugar, el portugués Francisco Rodríguez Almeida, compañero de Diego de Almagro en su incursión a Chile.

En 1536, desembarca en la playa de Molle, el puerto de la zona, para dirigirse posteriormente al cerro de Huantajaya, cuyas ricas vetas argentíferas venía a explotar. Aquel día nació a la historia el Iquique de hoy.

Respecto al nombre, cita entre otras, la etimología: Iquiña e iquita que son verbos de la voz aimara que expresan la idea de dormir. La repetición de la raíz iqui-iqui (de allí Iquique), nos entrega la idea de un dormitorio de pájaros y lobos de mar.

Iquique y el Real Asiento de San Agustín de Huantajaya, son intrínsecamente inseparables geográfica e históricamente. Célebre mineral de plata, dista de Iquique 16,5 kilómetros y 115,5 del pueblo de Tarapacá. Huantajaya fue considerado el mineral más rico del Perú, convenientemente localizado inmediato a la costa. En 1798, debido a la riqueza de sus explotaciones, las autoridades de Lima, con el entonces virrey Manuel de Amat y Juniet (1761-1776), separaron el antiguo corregimiento de Arica para crear el Corregimiento de Tarapacá, con cabecera en la villa de San Lorenzo. Una particular descripción de Iquique, hacia 1825, el puerto era el lugar donde se traía la plata de las minas de Huantajaya y Santa Rosa.

Bravo se detiene a explicar y analizar los inicios del Iquique peruano como puerto salitrero. Según William Bollaert, químico e industrial que vivió en Iquique hacia 1826, este era el principal puerto para el embarque de nitrato de soda, el que se extraía y refinaba algunas leguas al interior. En 1830, sólo 900 toneladas fueron exportadas, pero en 1859, 78.700 toneladas. La población de la provincia de Tarapacá, es de unos 18.000, la mayoría empleada en las labores del salitre, después la agricultura, la cual es limitada, pero aún así la cosecha de alfalfa servía como alimento para las mulas que transportaban el salitre. Produjo unos 100.000 dólares, el vino de Pica 84.000 y algunas frutas y trigo, pero básicamente las provisiones se traían desde Chile y otras partes del Perú. Sigue con sus observaciones en 1860, comparando el puerto, desde la primera vez que lo visitó, con el actual: en 1826 contaba con unas cien almas; ahora, con cerca de 5.000, afirmando que es un pueblo floreciente, el agua se destila del mar y se vende a tres peniques el galón, precio que justificó la inversión de 40.000 libras esterlinas en plantas destiladoras. Como puerto, es segundo en relación a El Callao. La ciudad cuenta con un establecimiento de amalgamación, para separar la plata de los minerales de Huantajaya, una fábrica de velas, máquinas a vapor para hacer pan, y se proyecta introducir el gas.

Importante son los datos de población, en 1820 la población de Iquique era de cincuenta habitantes. En 1824, el número de habitantes no pasaba de los cien. Desde 1830 había en el puerto cuatro franceses, nueve británicos y veinte chilenos, lo que implicaba el comienzo de la invasión foránea salitrera. Hacia 1833, superaban los seiscientos habitantes en general. La inconsistencia de las estadísticas en varios casos, es un elemento por considerar en esta investigación.

Interesante me resulta destacar, la aparición del ferrocarril en la pampa salitrera. La imperiosa necesidad de contar con una vía férrea que uniera a Iquique con la pampa salitrera, llevó al gobierno peruano a conceder por decreto de 1860, la autorización a Federico Pezet y José M. Costa para construir una línea férrea entre “La Noria”, el distrito o cantón de mayor importancia con más del cincuenta por ciento de la producción de la provincia, y el puerto de Iquique. Pero el proyecto y el decreto que lo concedían quedaron sólo en los papeles. El progreso se hace sentir en 1852, con la construcción del primer muelle de la ciudad, el que más tarde pasaría a propiedad de la firma Gildemeister y Compañía (alemana). En 1855, el industrial Pedro Bargman construyó el suyo. En 1861 existían seis muelles en funcionamiento.

Desde el punto de vista institucional, el 26 de junio de 1855, Iquique es reconocido como Puerto Mayor, lo cual significó que podía exportar e importar productos sin ser gravados en otros lugares, o puertos o traerlos directamente del extranjero.

Respecto de lo cuantitativo, la población de Iquique en 1868 era de unos 3.000 habitantes, en 1871 alcanzaba a 11.700, es decir casi triplicado en tres años. La gran influencia de inmigrantes por los vapores del sur, había convertido a la provincia de Tarapacá en una nueva California. Otro dato que debe consignarse, es que el 23 de febrero de 1875, la ciudad puerto de Iquique fue galardonada como capital de la provincia del litoral de Tarapacá.

Al mismo tiempo, con el crecimiento salitrero, era natural que acudiesen en búsqueda de trabajo y oportunidades en la industria y el comercio, buscadores de una mejor fortuna, tanto de Chile como de países lejanos. El desglose por nacionalidades en la pampa salitrera de las firmas comerciales encargadas de la industrialización, y el consecuente embarque y distribución del nitrato, como así también de la importación de maquinarias y repuestos necesarios para la marcha de los negocios, nos da una idea del aporte, tanto en

capital como en tecnología e ideas y conocimientos del ramo. No es extraño entonces que, la existencia de consulados aumentase a la par con la venta delpreciado elemento. En 1879, ya existían en Iquique: los consulados de Alemania, Ecuador, Argentina, Austria-Hungría, Gran Bretaña e Italia. Todos ellos, no sólo representan los intereses económicos, sino también, culturales y sociales. Con todo, a un nivel socio-económico superior a la del trabajador común, comienza entonces el desarrollo de un Iquique societario, identitario, solidario y comercial.

Durante el período salitrero, 1880-1919, Chile retiene, por más de cuarenta años prósperos, un virtual monopolio en el mercado mundial. Además, el impacto de la industria desde 1880 a 1919, no en vano, ha sido definido como la era salitrera en Chile. A no dudarlo, el impuesto decretado por el gobierno, desde 1880, permaneció inalterado durante este período, y era pagado en oro, al cambio de dos chelines y cuatro peniques.

Un aspecto importante de traer a colación, es la concentración obrera en Iquique con: pescadores, panaderos, carreteros, cocheros, abastecedores callejeros, fleteros, artesanos, domésticas, fondistas, lavanderas, mecánicos, gañanes, jornaleros, lancheros, modistas y costureras alcanzaba a un 80% de la población y en la pampa, un 90%. Esto explicará el temor de la clase alta y media a las concentraciones obreras en el puerto.

Más notorio, es el relato sobre la formación ideológica de la clase trabajadora chilena, en el siglo XIX, tomando forma en cada uno de los tres principales sectores obreros del período: los trabajadores del salitre, los obreros del carbón y los estibadores portuarios. Luego, el desarrollo de los tres más importantes puntos de vista ideológicos entre los mismos: reformismo, anarquismo y socialismo.

Continuando con el tema, el autor nos introduce en las nuevas transformaciones, el cambio de siglo, trae consigo una de las instituciones iquiqueñas más queridas y respetadas del período salitrero, la Combinación Mancomunal de Obreros, fundada el 21 de enero de 1900 por Abdón Galleguillos y Maximiliano A. Varela. Abdón era lanchero, demócrata del partido del mismo nombre y reformista. No queremos dejar de llamar la atención, sobre una figura como Luis Emilio Recabarren (1876-1924) que llega a Iquique en 1911. Es en el norte salitrero donde Recabarren reafirma sus condiciones de líder, conferencista, polemista, y sobre todo decidido

defensor del derecho a la libertad de expresión. En Iquique funda el Grito Popular, que aparece el 28 de abril de 1911, y cuyo último número es del 22 de octubre del mismo año.

Valioso también, es el planteamiento, sobre los sucesos de Santa María de Iquique: 21 de diciembre de 1907. Existe la creencia entre quienes recuerdan la masacre o matanza de la Escuela, que el movimiento obrero se paralizó, quedó huérfano, perdió vitalidad y su energía de lucha. Lo que se ha querido demostrar, con la labor de El Despertar y otras instituciones nortinas, además de las publicaciones obreras, es que el ímpetu permaneció soterrado, pero no derrotado. Las conquistas sociales se miden no por años, sino por resultados.

Agrega nuestro autor, la presencia de los Clippers del Salitre, esos hermosos y veloces buques a vela que a mediados del siglo XIX y comienzos del XX, pueblan la rada de Iquique, Pisagua, Junín, Caleta Buena, Coloso, Taltal, Valparaíso, Talcahuano.

En cuanto a lo formal, la edición está cuidadosamente presentada, en la que junto al texto, se incluyen láminas que ilustran con imágenes bien logradas y respetuosamente diseñadas, aspectos de la vida económica, social y cultural de Iquique y la Pampa.

Complementan la edición dos apéndices. El primero, referido al desarrollo del puerto de Iquique, fue elaborado por Guido Téllez Velásquez. En el relato, sobre el desarrollo de Iquique se hace hincapié a la interacción económica entre el puerto y la isla Serrano, el movimiento portuario entre Iquique, Caleta Buena, Junín y Pisagua. El otro corresponde a un extracto y traducción de *A visit to Chile and the Nitrate Fields of Tarapacá*, de William Howard Russell, 1890. En esta sección, se desglosan ciertos hitos políticos y económicos, y una descripción del ferrocarril salitrero y su vinculación geográfica con estaciones y ramales.

El autor incluye una breve, pero valiosa bibliografía sobre el tema, sería aconsejable, en una próxima edición, considerar una mayor cantidad de fuentes primarias para este mismo período, que pueden ser ubicados en muchos archivos públicos y privados. Dentro de este cuadro, pensamos que una fuente, autoridad o documento es la materia prima de la cual se hace la historia, incluso más, la interpretación de las fuentes es, por lo tanto, el

elemento formal de la historia, que contrapesa lo material que es la fuente misma. Sin estos componentes no hay historia.

Una última consideración, este texto, es una aproximación introductoria a la historia de Iquique y la Pampa, con claro carácter didáctico. Los 17 capítulos, han sido abordados con una profundidad que exceden las características del manual escolar, para acercarse a un texto de nivel culto formal de carácter muy general.

*Marcos Calle Recabarren*  
*Universidad Católica de Chile*